

Crisis del Ejército Venezolano

Se habla mucho de malestar del Ejército. Abundan las afirmaciones simplistas que requieren su "democratización". Incluso en comunicados oficiales se ha acusado a sectores civiles que quieren usar del Ejército como trampolín al poder. Se ha llegado a practicar encuestas preguntando si convendría la supresión del Ejército. Se ha podido leer en una exposición de periodismo liceísta abierta a bombo y platillo, que el presupuesto del Ministerio de la Defensa superaba al de Educación en 400.000.000 de bolívares, exagerando la cifra en nada menos que un cuarto de millón, endilgándole al Ejército el denigrante calificativo de estéril y parasitario.

Todo esto es índice de una situación. Se habla del Ejército sobre todo en las conversaciones constantes de los políticos y de los estudiantes, de cualquiera que mire el panorama nacional. Se alude a depuración entre los oficiales.

Unos porque aprecian al Ejército y sufren por todo aquello que pueda ser mengua de su honor, de su moral, de su vitalidad. Otros porque ven en las fuerzas armadas una casta refractaria a su concepción de progreso y apegada a rutinas, métodos y tradiciones ya desechadas. Otros, en fin, porque el Ejército tal cual es, resulta para ellos el principal obstáculo a sus sueños subversivos y se alegran de todo lo que contribuye a su debilitamiento. Pero a todos les preocupa lo que pasa en el Ejército.

Sería insinceridad negar que existe un cierto malestar al respecto. Pero lo importante es distinguir las causas, unas accidentales, otras profundas. Se impone esta diferencia porque no hay que confundir los paliativos (remedios necesarios de inmediato) con lo que va a sanar de raíz el mal. Los problemas y los males de Venezuela penetran muy hondo en el territorio nacional, y no es obviamente ocupándose sólo del Ejército como se podrán extirpar.

Si el Estado venezolano carece de autoridad y responsabilidad, ¿cómo pretender mantenerlo o restablecerlo en el Ejército? Todos sabemos que los males del Estado venezolano son inveterados, y sólo los muy jóvenes, los irreflexivos o los demagogos pueden creer que eso

puede cambiar porque un jefe de Estado se fugue una madrugada. En Venezuela ha nabido y hay peculado y tráfico de influencias y recomendaciones. En Venezuela el irrespeto a la ley y a la autoridad han sido perennes actitudes de la ciudadanía que no pueden desaparecer en un día, como tampoco la tentación de la autoridad de usar la fuerza bruta para hacer desaparecer el "bochinche". En nuestra Patria lo normal ha sido la improvisación y el ensayo como fórmula permanente de actuación, y los intentos de planeamiento han sido de corto plazo. Todo esto se traduce en el hecho de que nosotros, en el mejor de los casos, vivimos un momento de organización. Organización tanto más difícil cuanto que la fijeza de los objetivos está supeditada a los vaivenes y compromisos de un Gobierno de coalición.

Un régimen en descomposición o todavía en período de convalecencia inicial, no puede poseer un Ejército sano. El malestar del Ejército se debe principalmente al malestar y desajuste general de la nación. Mientras no se realice una reforma de las instituciones en el ámbito nacional, no tiene por qué ser el Ejército la isla inmaculada donde no pueden perdonarse defectos. ¿Cómo exigirle al Ejército que tenga fe en su misión institucionalista, si el Estado y los políticos conductores de la cosa pública son incapaces de señalarle objetivos precisos? Cuando se ve que unas veces acusan u hostigan al Ejército, o le adulan o agasajan en otras ocasiones, o incluso se les susurran al oído palabras que suenan a invitación a la rebelión armada.

No escribo para quienes tienen para con el Ejército una clara voluntad de deshacerlo, porque les estorba en sus planes de subversión. Escribo con la buena voluntad de rectificar criterios ante aquellos que se sienten desorientados ante los planteamientos que se hacen con respecto al Ejército. Muchos, por vocación civilista, resienten la intromisión política de las fuerzas armadas; pero al tiempo ven la necesidad de mantener la integridad de las fuerzas armadas. Repugna a muchos el concepto castrense de la vida, y dada la modalidad de la historia venezolana, quisieran una educación militar que quebrantara el espíritu de casta separada que caracteriza al soldado de todas las épocas y sitios; sin embargo, al ir a precisar lo que quieren, llegan a postulados absurdos.

Precisemos lo que supone y exige la misión, la disciplina y la vida castrense.

El Ejército, garantía de la comunidad nacional

Esta es la misión sustantiva de las fuerzas armadas. Misión que se debe cumplir en un doble frente. Ante todo la defensa de la comunidad y su territorio contra el enemigo que pretenda destruirlos, ocuparlos o dañarlos. La institución del Ejército ha nacido históricamente en función de defensa contra el enemigo exterior. Pero también debe cumplir papel de defensa contra el enemigo interior que atente contra la comunidad. Todas las naciones han requerido el uso de las fuerzas armadas contra los forajidos que se desmandan en el interior del país.

En este concepto es claro que no entra la gestión política. El concepto castrense de la vida, en su planteamiento, en sus funciones y en su técnica de resolver conflicto, difiere radicalmente del modo de ser de la acción política. La disciplina de los cuarteles es demasiado diversa de la vida social común y corriente de los ciudadanos. La forma ejecutivista con que se da solución a los problemas está muy lejos de ser la que sanamente se puede exigir de los civiles. El constante requerimiento de conjugar intereses, atender a los diferentes reclamos y presiones, y arbitrar compromisos en la ejecución no pueden conjugarse con las actitudes típicas de la vida castrense. Esto es tan obvio que los mismos militares, cuando quieren actuar sin ser notados en la vida civil, tienen que despojarse frecuentemente de su uniforme. Esto es así en Venezuela, en Europa, en los Estados Unidos y hasta en los países comunistas.

No implica lo que acabamos de decir que algún militar no pueda llegar a encargarse o a participar en la actividad política. La historia está llena de casos de militares en cargos políticos, incluso en países de amplísima tradición civilista. Pero el principio se debe mantener incólume: el Ejército, como institución, debe mantenerse alejado de toda actividad política. Por doble motivo, según se me ocurre. Porque su conformación de hábitos los hace menos aptos para conducción de las cosas en el orden ciudadano. Y porque la posesión de medios de fuerza definitivamente capaces de imponer la propia voluntad, constituye en todo momento una tentación excesi-

vamente violenta y permanente, para permitir disensiones entre los diversos grupos nacionales.

Forma concreta de garantía de la comunidad nacional

La defensa de la Patria contra el enemigo exterior se ha hecho en el día de hoy cada vez más compleja y costosa. Por el mayor costo de las armas modernas, y por la tecnificación de los servicios de guerra.

Es fácil decir que, por ejemplo Venezuela, no tiene por delante problemas exteriores que le aconsejen mantener los altos costos de los armamentos modernos. Pero es obvio que la significación que tendría el Caribe y nuestras costas petroleras en un conflicto mundial hacen perentoria la formación de una defensa nacional, que no sea simplemente delegada a una potencia extranjera a la que estuviéramos aliada. En ese caso el hecho es que no se puede pensar en los tiempos modernos con levas de emergencia. Un barco de guerra necesita un mínimo de 150 hombres preparados que no pueden improvisarse. Las fuerzas aéreas para actuar requieren personal especializado en campo y en vuelo que necesita tiempo para formarse. Las mismas fuerzas terrestres han de poseer hombres expertos técnicamente en balística, táctica, etc.

Por otra parte, a cierto plazo impredecible, el statu quo territorial de América puede ser haya de ser un campo de agramante, sea por la disolución del mundo colonial que nos circunda; sea por las ambiciones de alguna nación que se sienta demasiado fuerte. No haberse preparado para esa emergencia sería imperdonable.

El enemigo interior ha ido creciendo cada vez más en la corrupción del mundo moderno. Particularmente en nuestra Patria, se ha desarrollado un gansterismo comercial y criminal organizado en forma muy especializada. Frente a ellas el Estado moderno ha organizado las fuerzas armadas nacionales con las fuerzas policíales y las llamadas de Guardia Nacional. Aunque puestas bajo la dirección del Gobierno político, su misión es indudablemente de misión permanente de defensa interior de los ciudadanos y del Estado mismo. El mismo carácter de nuestra Guardia Nacional—bájo dependencia del Ministerio de la Defensa y con funciones policíales—nos delata cómo cumplen una misión castrense de defensa y garantía de la comunidad nacional.

Echando una mirada al amplio desarrollo costero de nuestra Patria y al volumen y organización del contrabando, incluso de estupefacientes, se persuade uno del amplio requerimiento que tiene el país de una misión de defensa armada contra los enemigos interiores.

Pero sería limitar a un concepto "guerrero" puramente el reducir la actividad militar a la técnica de las batallas contra el enemigo exterior e interior. Garantizar a la comunidad tiene que significar algo más que defenderla contra los ataques exteriores e interiores. Sería pensar que los militares son seres desencarnados, o autómatas bélicos si los redujéramos a un tecnicismo beligerante.

El ser de la Patria está dependiente no sólo de las alteraciones al orden público más o menos graves, o de las irrupciones enemigas. La Patria está constituida por valores culturales, sentimentales y religiosos que han constituido su propia ser histórico. No es sólo el perfil geográfico, ni la misma vida física de los ciudadanos el contenido de la Patria. Hay un contenido espiritual común, contra el que se puede atentar con fuerzas capaces de hacer hasta más daño que con una simple invasión territorial.

Ya sé que ahora expongo la parte más vidriosa de la misión militar. Pero hemos de ser sinceros. Si un día doctrinas exóticas y contradictorias del ser nacional pusieran en peligro el ser nacional, es al brazo civil y político a quien le toca hacerle frente.

Pero a pesar de lo que acabamos de decir, hay que reconocer que, sea cual fuere la forma y el dinamismo de un régimen, la fuerza real del Ejército descansa sobre elementos morales cuya característica principal es la **persistencia y estabilidad** en medio de los trastornos políticos más grandes y de los progresos técnicos más llamativos.

Además de la aptitud del soldado para la defensa armada (aspecto técnico), "la mística" militar se encarna en rudas virtudes de honor, disciplina y espíritu de sacrificio, que sirven de contrapeso a las facilidades disolventes de la comodidad y falta de sujeción al principio de autoridad.

Claro que estas virtudes no son exclusivo adorno del soldado; pero el Ejército es o debe ser una escuela donde estas virtudes se desarrollan como en plantel natural, puesto que está integrado por personas dedicadas a ellas. Tanto más necesario es la educación de estas

virtudes cuanto la nación se aleja más de sus tradiciones guerreras y de disciplinada convivencia.

Por esta razón el Ejército en alguna encrucijada histórica en que una situación desborda a las fuerzas políticas mejor intencionadas, puede o deba actuar como fuerza de reserva para salvar a la comunidad. Nada es más difícil que saber el cuándo esa acción es necesaria o adecuada. Pero el Ejército debe ser consciente de todo el contenido histórico y espiritual de una nación, atesorada en el ser nacional que él tiene por misión garantizar.

En el espíritu de las fuerzas armadas debe existir o se debe lograr por encima de todo una mira suprema a los más altos valores, suficiente para discernir en los momentos difíciles en que pelagra el ser de la comunidad cuál debe ser el camino a seguir. Lo trágico resulta cuando ese organismo, institucionalmente comisionado para dar esas garantías, llegara él mismo a corromperse o desviarse. Esto sucede cuando se equivoca en el diagnóstico de la situación y se decide a intervenir equivocadamente, o por la importunidad del momento o por defecto de visión del presente o previsión del porvenir. Cuando se sale a la defensa de privilegios o de estructuras sociales que deben ser superadas. Cuando se interviene con frecuencia recurrente que es índice de precipitación o excesiva impaciencia. Cuando se actúa para defender la ingerencia política del mismo Ejército.

Un régimen en descomposición difícilmente puede poseer un Ejército sano. Este recobrará su equilibrio dentro de una nación que sepa lo que quiere y que haya proporcionado los medios para lograr sus fines.

Pero cuando un Ejército se muestra inquieto, es porque dentro mismo de la nación, en los mismos cuadros políticos no hay más que la rapacidad por el poder, por el que se está dispuesto a pagar incluso el precio del sacrificio de la Patria. Cuando por dar culto a un ideario novedoso se hacen sacrificios de los más caros valores nacionales.

Es este clima de sanidad política el mejor camino para acrisolar al Ejército, para desplazar a los que quieren torcerlo de su papel institucional. Nunca la acusación indiscriminada o la propaganda malévolas y disolvente.

HERMANN GONZALEZ OROPEZA, S. J.